

# Arzobispo Polanco, Hombre y Carisma

MONS. JUAN FÉLIX PEPÉN

A.D.H.

Uno de los días inolvidables en el álbum de mis recuerdos, el primero de octubre del ya lejano año mil novecientos treinticuatro, llegábamos al viejo seminario Santo Tomás de Aquino, en el antiguo Convento de los Dominicos, este servidor y otro muchacho de mi pueblo de Higüey, de feliz memoria para nuestra iglesia, que respondía al nombre de José Octavio Rodríguez Reyes, fallecido hace unos años.

Acompañados de nuestros respectivos padres, los dos muchachos provincianos, monaguillos en la parroquia y santuario de Higüey, debimos llegar por primera vez a aquel recinto con caras muy azoradas, ya que salíamos de nuestros hogares patriarcales y nos alejábamos de nuestro ambiente semirural por primera vez.

Tenía yo catorce años y mi compañero apenas doce. Esta edad era común entonces para ingresar al seminario, lo que no sucede en nuestro tiempo. Dentro de nuestra limitada experiencia, era como lanzarnos a una aventura en la que no sabíamos qué nos esperaba, aunque vislumbrábamos a media luz el camino de nuestra vocación.

Tiempo no sólo lejano, sino muy diferente en el modo y suceder de las cosas, pero que nos marcó con una huella imborrable en lo espiritual.

Al llegar al viejo seminario nos recibió con acogedora simpatía el padre prefecto de entonces, de la comunidad de religiosos cordimarianos y de nombre Francisco Javier Ruiz, quien empezó para nosotros una labor formativa que debía seguirse por muchos años. El padre prefecto, dirigiéndose a un joven



seminarista de porte reposado y mirada escrutadora, le dijo: Señor Polanco, como a usted le gusta tanto la iglesia, enséñele la iglesia a estos dos nuevos seminaristas”. Con mucha atención y con satisfacción visible por el encargo recibido, el seminarista de segundo año de “humanidades” Hugo Eduardo Polanco Brito nos mostró la vieja iglesia del convento con un conocimiento minucioso y preciso de cada uno de sus símbolos sagrados y sus detalles, particularmente de la capilla de Nuestra Señora del Rosario.

Fue nuestro primer encuentro y en él quedaba definida para nosotros la personalidad y el relieve espiritual del futuro sacerdote y obispo. Aquel año los seminaristas, entre mayores y menores, alcanzamos el número de dieciocho. El anterior sólo terminaron once. Hoy son, entre diocesanos y religiosos, más de cuatrocientos en el seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino.

Comenzamos, pues, nuestra formación sacerdotal en aquel ambiente y con esas limitaciones y condicionamientos, sin pensar en ningún momento que éramos una “minoría abrahámica”, una menuda y casi invisible semilla que dependería en su crecimiento y desarrollo de toda la fuerza del auxilio de la gracia, con los dones y carismas del Señor.

Durante nuestros años de formación en el seminario, años laboriosos, difíciles y precarios a veces por lo que mira a recursos materiales, vivimos experiencias que sólo al cabo de los años podríamos valorar. Y en todos esos años pudimos advertir como en “el señor Polanco” se dibujaba ya desde entonces y cada vez más aquel gusto por la iglesia que advertiera temprano el padre Ruiz. Una forma de prestancia o liderazgo natural que le movía sin esfuerzo a ser siempre “el primero” y que nos obligaba a mirar hacia él.

Esa misma prestancia en el estudio, en la piedad, en el dirigir y en el hacer iría tomando forma sin interrupción. Todos sabíamos que llegaría a su tiempo a asumir responsabilidades mayores en la Iglesia y eso se vio pronto cuando a la edad temprana de treinticinco años cumplidos “el señor Polanco”, completada su formación en las universidades de Santo Domingo y Lateranense de Roma y con práctica de un año en la curia arzobispal de Los Angeles, California, era “consagrado” obispo auxiliar de la nueva diócesis de Santiago de los Caballeros sien-



do entonces uno de los obispos más jóvenes de toda la Iglesia si no el más joven.

De su largo ministerio sacerdotal mucho se sabe y se sabrá. En mi experiencia personal, desde que nos encontramos la primera vez, muchas pequeñas y grandes iniciativas las emprendimos juntos, pudiendo apreciar y valorar su clarividencia, su gran talento especulativo y práctico, su fuerza de voluntad. Con él se pudo en ocasiones no estar de acuerdo, pero había siempre que tenerlo en cuenta. Y no se perdía el tiempo con ello.

En el arzobispo Hugo Eduardo Polanco Brito se pueden apreciar muchas facetas y descubrir en ellas una rica personalidad encuadrada en circunstancias muy especiales de la Iglesia de la República Dominicana. En singular convergencia se juntaron en él el hombre de estudio, el investigador y el escritor prolífico, el trabajador incansable, el relacionador y comunicador espontáneo, el conciliador por temperamento y el administrador nato; pero ante todo el sacerdote y el obispo que daba respuesta a todas las solicitudes de su misión en la Iglesia.

El hombre que fue nació para lo que hizo. Y lo que hizo no fue obra del azar ni fruto de la suerte ni de un determinado fatal, sino la acción del carisma aceptada en libertad por el hombre marcado ya “desde el vientre de su madre” al decir del profeta Jeremías.

Mucho se habla en nuestro tiempo del “liderazgo” barbarismo que busca expresar la cualidad de dirigente excepcional, pero que el uso lo hace un término equívoco. Ningún liderazgo en lo humano podrá cumplir la función del carisma, don de Dios, gratuito, sobrenatural y transitorio, conferido a un ser humano con vistas a la utilidad general, para edificación de la iglesia, Cuerpo Místico de Cristo.

Hombre y carisma en el padre Polanco primero y en monseñor Polanco después fueron la respuesta de Dios a necesidades muy concretas del cuerpo eclesial en esta iglesia particular en un período de su historia señalado por lo inestable y lo incierto.

No por ciego impulso, sino movido por la fuerza del Espíritu debió escoger el novel obispo en 1954 el lema de su episcopado, convertido este lema en programa de vida: “Non recuso laborem”, no rehusó el trabajo.

Como tantas cosas en la Iglesia Católica, este expresivo lema es muy antiguo. Allá por el siglo cuarto de nuestra era, San

Martín, que fue obispo de Tours, después de largas jornadas de trabajo visitando pastoralmente su diócesis y promoviendo la paz en una iglesia y un pueblo muy divididos, se sintió morir. Estaba bien dispuesto a morir, pero escuchó el clamor de sus hijos espirituales y hermanos en la fe que suplicaban a Dios no dejarlos huérfanos de su padre espiritual. Entonces Martín elevó a Dios esta oración: “Señor, si aun soy necesario a tu pueblo, no rehuyó el trabajo; hágase tu voluntad”.

En esta actitud de entrega, distintivo del servidor fiel, vivió y murió al fin para la tierra el Arzobispo Polanco, legando a este pueblo y a esta iglesia nuevos caminos abiertos por su andar apostólico. Tal como lo advirtió en su tiempo el apóstol Pablo: “Ninguno de nosotros vive para sí y ninguno muere para sí. Que si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos para el Señor morimos. En fin, que tanto en vida como en muerte somos del Señor. Para esto murió Cristo y retornó a la vida, para ser Señor de vivos y muertos” (Rom. 14).

